

SHOWCULTURAL

Cine • Libros • Televisión • Piropos • Guía del ocio • Arte • Teatro • Gastronomía • Opiniones

Honda onda

por Antonio Skármeta



Perdónen al cuerpo con los muros, los sociólogos, los colegas escritores, los filósofos, los curas, los soldados, los actores de moda, los actores sinuados, los críticos de perquisito, pero sostengo pública y abiertamente que *Mala onda* de Alberto Fuguet es una honda novela, y no el folletín basculante de letrados y doctores rock pueriles por los que la naja o alaba en nuestro ambiente caldeado de celos, desprecios e incomprensiones. Ahora que la novela fue adaptada al teatro por Alejandro Sieveking y puesta en escena por Willy Scriver, sus protagonistas han unido la ocasión para repudiar a los doctores, irritados por el profesionalismo con que Fuguet ejerce el principado juvenil de la tapafu, fisona la honestidad de desvelar su obra íntima a la luz de su conducta social, su desparpajo rockero, su afeminado diálogo con las generaciones jóvenes y las encandiladas que le ha hecho sociólogo de su generación que pisan, con pedregales o sin él, más fuerte que lo que calzan.

La novela y su trasvase escénico ofrecen de una manera libre e intensa la visión desgarrada y desparpajada de un momento apabullante para los chilenos: las inmediaciones del plebiscito de 1980 destinado a proyectar el orden dictatorial hasta el nuevo siglo. El mundo que explora Fuguet es el de este plen intensificado en la población, en la provincia y, al mismo tiempo, evidente conformidad con las bases fútiles de la mediocridad, de la coquetería, de la falta de sensibilidad, de los ojos cubiertos, los oídos sellados, las narices empolvadas. Hay un instante en la obra en el que el flogoso adolescente que la trama colecta a su ma-



Daniel Alcázar (sentado en el suelo) recuerda a ciertos actores del cine norteamericano: Michael Douglas, Richard Dreyfuss, o al Barón de Roccodrillo con ira.

dre con su tesoro de sensibilidad, su desvergonzada cultura:

—¿Leiste *Casa de campo*, mamá?

—No. Me carga el campo.

—Es una novela sobre la dictadura.

—¿Cuál dictadura?

El público leonó de risa. Yo también así, pero con los pelos de punta (aunque sé que esta rectifica no me convence).

El joven protagonista de *Mala onda*, Matías Vicuña, tiene un especial talento para volverse a sí mismo, no sabe quién diablos es y, en general, tampoco sabe lo que quiere. Pero sí tiene una maravillosa energía neurótica, una poesía náyica en la

libertad: no quiere ser lo que los otros quieren que el sea, no es como los otros, y no acepta, temido entre el amor y el desprecio, la insensibilidad de un mundo grotesco, grotesco, autoafirmación, tapadera. Vicuña los resalta cargando a todos, pero todos quieren su afecto: la maestra juda, la polea del colegio, la novia de su amigo, el padre, la mamá, la tía liberal. El No de Vicuña atruena, confunde, dispersa, espanta las malas conciencias del carnaval de animales apaludados por la chatura. No es el No político que triunfaría gracias a otros tipos de Vicuña ocho años después. Es un No más hondo y global que aún nos sigue haciendo falta.

Sieveking, Fuguet y Scriver crean una obra con enorme personalidad. El adaptador basó lo esencial de la línea conflictiva entre el protagonista y el mundo. Cuando a cuadro le va proponiendo personajes y situaciones que lo enfrentan, lo critican, lo manipulan, lo entorpecen. Vicuña está lleno de objeciones y, por suerte (he aquí el acierto de Sieveking), no es un adolescente muy parco, aglutina el director trabajó con su novel actor una locuacidad y una potencia verbal aún más impulsivas que las de la novela. No renunció a lo literario, sino que le dio a la palabra escrita energía dramática.

Para esta luzcita contó con un "Sta-

divario" de protagonista: un instrumento que le vibran en los equívocos y contradictorios tonos que le propuso. El joven Daniel Alcázar invierte los textos con la velocidad recta de una inteligencia que sirve al lenguaje desprovisto de los tediosos matices sociológicos con que trabaja el teatro socio-realista. El muchacho convive con sus silabas y cuestiona, al no colorarlas, éstas adquieren un volumen expresivo inesperado.

El colorístico programa que se vende al público no recordaba tanto monjas y monjes. No había para qué disculparse de que aquí se habla rudo y se jode coca. Si algo más se le puede criticar a la obra, eso mismo se le puede imputar a todo el país: el culto al miedo, el decir la verdad pidiendo disculpas. En este sentido primó la candelita en el desvelar: cuando bajo y padre se encuentran en la novela, lo hacen en los vapores del mediocre infierno santiaguino, el de los santos y el amor prohibido. Este desvelo a las sombras es tristemente amabilizado en el fin de la obra. Ese escamoteo de la última brutalidad (que con su desvelar y pomografía habían preciado la provocación) pone a salvo al Teatro Nacional, ya bastante cuido con su programa frente al inquisidor que los chilenos tarantos llevan dentro.

Notable es lo que hacen los actores y actrices dentro de la difícil convención que significa un teatro de sketches, donde con líneas muy gruesas, rectamente eficaces, deben aportar al pleno dramático contenido en el protagonista. Aunque en las coreografías hubiera sido importante mayor fantasía y nervio, el movimiento clásico-danza y coreográfico, ésta es una muy buena obra que, con mayor trabajo coreográfico y con canciones, pudiera haberse transformado en el musical chileno de fin de siglo.

Y no se puede terminar este elogio sin cortar corajes, cuernos, y bailar zapateos en el aire por la maravillosa osadía de esa rima total del teatro chileno que es Religión Cristiana (lléndolo a sus pies, madre!) ■

AUTORÍA

Skármeta, Antonio, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Honda onda [artículo] Antonio Skarmeta.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile